

distintamente á todas las palabras de la lengua una especie de cola ó apéndice innoble, una terminacion en aille, en orgu<sup>3</sup>, en iergue, ó en uche. Así por ejemplo: *Vouziergue trou-vaille bonorque ce gigotmuche?* «¿Halla usted buena esa pierna de carnero?» Frase dirigida por Cartouche á un portero de la cárcel, con el objeto de saber si la suma ofrecida por la evasión le convenia. — La terminacion en *mar* ha sido añadida muy recientemente.

Siendo el argot el idioma de la corrupcion, se corrompe pronto. Además, como él procura siempre ocultarse, tan pronto como se siente comprendido se transforma. Al revés de cualquiera otra vegetacion, todo rayo de luz mata lo que él toca. Así que el argot va descomponiéndose y recomponiéndose sin cesar; trabajo oscuro y rápido que no se detiene jamas. Anda él más camino en diez años que la lengua en diez siglos. Así el *larton*<sup>1</sup> se convierte en el *lartif*; el *gail*<sup>2</sup> se transforma en *gaye*; la *fertanche*<sup>3</sup> en el *fertille*; el *momignard*<sup>4</sup> en *momacque*; los *figues*<sup>5</sup> en *frusques*; la *chique*<sup>6</sup> en *égrugeoir*; el *colabre*<sup>7</sup> en *colas*. El diablo es primero *gahisto*, despues *rabouin*, y por último el *bou-langer*; el sacerdote es el *ratichon*, y despues el *sangler*; el puñal es el *veintidos*, despues el *surin*, y por fin el *lingre*; los agentes de policia son primero *railles*, despues *roussins*, más adelante *rousses*, y luégo sucesivamente *marchands de lacets*, *coqueurs*, *cognes*; el verdugo es el *Taule*, despues *Charlot*, más adelante *atigeur*, y por último el *becquillard*. En el siglo diez y siete, *batirse*, era

<sup>1</sup> Pan.  
<sup>2</sup> Caballo.  
<sup>3</sup> Paja.  
<sup>4</sup> Niño.  
<sup>5</sup> Ropas.  
<sup>6</sup> La iglesia.  
<sup>7</sup> El cuello.

*se donner du tabac*; en el diez y nueve, es *se chiquer la gueule*. Veinte locuciones diversas han pasado entre estos dos extremos. *Cartouche* hablaría hebreo para *Lacenaire*. Todas las palabras de esta lengua se hallan perpetuamente en fuga, como los hombres que las pronuncian.

Sin embargo, de vez en cuando, y á causa de este mismo novimiento, el antiguo argot reaparece y se presenta como rejuvenecido. Tiene sus capitales, donde se mantiene puro. El Temple conservaba el argot del siglo diez y siete; *Bicêtre*, cuando era una prision, conservaba el argot de *Thunes*; haciéndose oír allí la terminacion en *anche* de los antiguos *thuneurs*, *Boyanches-tu?* (¿bebes tu?) el *croyanche* (el cree). Mas no por eso deja de ser su ley normal el movimiento perpétuo.

Si el filósofo logra fijar un momento, á fin de observarla, esta lengua que sin cesar se evapora, en seguida cae él en dolorosas y útiles meditaciones. Ningun estudio es más eficaz ni más fecundo en enseñanzas. No hay una sola metáfora, ni una etimología del argot que no contenga una leccion.—Entre esos hombres *apalear* quiere decir *fangir*; se *apalea* una enfermedad, es decir, se la *aparenta*, ó se la *finje*; el *ardid* constituye su fuerza.

Para ellos la idea del hombre no se separa de la idea de la sombra. La noche se llama la *sorgue*; el hombre *l'orgue*. El hombre es un derivado de la noche.

Se han acostumbrado á considerar á la sociedad como una atmósfera que los mata, como una fuerza fatal, y hablan de su libertad como hablarían de su salud. Un hombre encarcelado es un *enfermo* (*un malade*); un hombre condenado, es decir, un reo, es un *muerto* (*un mort*).

Lo más terrible para el preso en las cuatro paredes de piedra que le sepultan es una especie de castidad glacial; al calabozo le llaman el *castus*. — En aquella fúnebre man-

sion, la vida exterior aparece siempre bajo su aspecto más risueño. El preso lleva grillos en los piés; ¿ creéis acaso que él piensa que los piés sirven para andar? no, sólo piensa que sirven para bailar; así que cuando consigue aserrar sus hierros, su primera idea es que ahora ya puede bailar, y llamar á la sierra un *bastringue*<sup>1</sup>. — Un nombre es un centro; profunda asimilacion. El bandido tiene dos cabezas, una que razona sus acciones y le conduce y le guía durante toda su vida, y otra que lleva sobre sus hombros el dia de su muerte; á la cabeza que le aconseja el crimen la llama él la *sorbonne*<sup>2</sup>, y á la cabeza que le expía, la *tronche*<sup>3</sup>. — Cuando un hombre no tiene ya más que andrajos sobre el cuerpo y vicios en el corazon, cuando ha llegado á esa doble degradacion material y moral que caracteriza en sus dos acepciones la palabra *gueux*<sup>4</sup>, se halla á punto para el crimen; es como un cuchillo bien afilado; tiene dos cortes ó filos, su miseria y su maldad; por eso el argot no dice un miserable, un *gueux*; sino que dice un *requisé*<sup>5</sup>. — ¿ Qué cosa es el presidio? una hoguera de condenacion, un infierno. El galeote se llama un *fagot*<sup>6</sup>. — Por último, ¿ qué nombre dan los malhechores á la cárcel? el *colegio*. Todo un sistema penitenciario podria fundarse sobre esta palabra.

¿ Se quiere saber dónde han germinado la mayor parte de las canciones de presidio, esos refranes llamados en el vocabulario especial las *lirtonfa*? Óigase esto que voy á decir:

Habia en el Châtelet de París una gran cueva larga. Esta cueva se hallaba á ocho piés verticales bajo el nivel del Sena.

<sup>1</sup> En el frances ordinario, *bastringue* significa una especie de balle de candil.

<sup>2</sup> La sorbona.

<sup>3</sup> La troza.

<sup>4</sup> Mendigo, miserable.

<sup>5</sup> Reaguzado ó reafilado.

<sup>6</sup> Un manojo de leña, sarmiento.

No tenía ventanas ni respiraderos, su única abertura era la puerta. los hombres podian entrar allí, el aire no. Aquella cueva tenía por techumbre una bóveda de piedra y por piso diez pulgadas de lodo. En otros tiempos habia estado enlosada; pero bajo el rezumo de las aguas, las baldosas se habian podrido y hecho pedazos. Á ocho piés sobre el suelo, una larga viga maciza atravesaba aquel subterráneo de parte á parte; de aquella viga colgaban, de trecho en trecho, unas cadenas de tres piés de largo, y en la extremidad de estas cadenas habia grandes argollas. En aquella cueva encerraban á los hombres condenados á galeras hasta el dia de su salida para Tolon. Los empujaban bajo aquella viga donde cada cual tenia su cadena oscilando en las tinieblas, que le estaba esperando. Las cadenas, aquellos brazos colgando, y las argollas, aquellas manos abiertas, asían á los miserables por el cuello. Se los sujetaba remachándolos bien, y así los dejaban allí. Como la cadena era demasiado corta, no podian acostarse. Permanecian pues inmóviles en aquella cueva, en aquella noche, bajo aquella viga, casi colgados, obligados á hacer esfuerzos inauditos para alcanzar al pan ó al cántaro, con la bóveda sobre la cabeza, el lodo hasta los tobillos, sus excrementos chorreando por las piernas, descuartizados de fatiga, doblándose por las caderas y por las rodillas, colgándose por las manos de la cadena para descansar, no pudiendo dormir sino de piés y despertando á cada instante sofocados por la estrangulacion de la argolla; algunos no despertaban jamas. Para comer, hacian subir con el pié á lo largo de sus piernas, hasta llegar á la mano, el pan que les arrojaban sobre el lodo. ¿ Cuánto tiempo permanecian de esta manera? Un mes, dos meses, seis meses á veces; uno esperó allí un año. Aquella era la antesala de las galeras. Allí iban algunos á parar por haber robado al rev una liebre. Y en aquel sepulcro-infierno, ¿ qué es lo

que hacían? Lo que se puede hacer en un sepulcro, agonizaban, y lo que se puede hacer en un infierno, cantaban. Pues allí donde ya no hay esperanza, queda el cauto. En las aguas de Malta, cuando se acercaba una galera, oíase el canto ántes que se oyeran los remos. El pobre Survincent, cazador furtivo, que atravesó la horrible prision-cueva del Châtelet, decía : *Los versos eran los que me sostenían allí.* Inutilidad de la poesía. ¿Para qué sirve la rima? en aquella cueva es donde han tenido origen casi todas las canciones del argot. Del calabozo del Gran-Châtelet de París es de donde viene el canto ó estribillo melancólico de la galera de Montgomery: *Timaloumisaine, timoulamison.* La mayor parte de estas canciones son lúgubres; algunas son alegres; una de ellas es tierna :

Ici caille est le théâtre  
Du petit dardant \*.

Por mas que hicieréis, no lograréis jamás aniquilar ese resto eterno del corazón humano, el amor.

En esa sociedad de las acciones sombrías, se guarda el secreto. El secreto, es la cosa que pertenece á todos. Para aquellos miserables, el secreto es la unidad que sirve de base á la unión. Romper el secreto, es arrancar á cada miembro de esa comunidad huraña y salvaje algo de sí mismo. Delatar, en la enérgica lengua del argot, se expresa por : *Comer el pedazo (manger le morceau).* Como si el delator tirase hácia él de un pedazo de la sustancia de todos y se alimentase con un pedazo de la carne de cada uno.

¿Qué cosa es recibir un bofetón? La metáfora trivial

\* Dardant es archero, soldado que lanza dardos y flechas. En este caso está empleado por el Amor, como si dijera :

« Aquí está el teatro  
Del niño Cupido. »

responde : *Es ver treinta y seis luces.* Aquí interviene el argot, tomando la palabra luz ó vela (*chandelle*), por *camoufle*, de donde la lengua francesa usual da al bofetón, *soufflet*, por sinónimo la voz *camouflet*. Así sucede que, por una especie de penetración de abajo arriba, la metáfora, esa trayectoria incalculable, ayuda al argot á subir desde la caverna hasta la academia; y Poulailleur, diciendo, *J'allume ma camoufle* (enciendo mi vela), hace escribir á Voltaire : *Llangleviel La Baumelle mérite cent camouflets* (Llangleviel La Baumelle merece cien bofetadas).

Excavar y escudriñar en el argot, es hacer descubrimientos á cada paso. La disquisición y el estudio de este idioma extraño conducen al misterioso punto de intersección de la sociedad regular con la sociedad maldita.

El ladrón tiene también su carne para el cañón (*chair á canon*, que decía Napoleón), es decir, la materia robable, ustedes, yo, cualquier otro transeunte; el *pantré* (*pan*, todo el mundo).

El argot es el verbo convertido en galeote.

Que el principio inteligente del hombre pueda descender á tan bajas regiones, que pueda él ser arrastrado allí y agarrotado por las oscuras tiranías de la fatalidad, que pueda ser ligado no se sabe con qué especie de ataduras en aquel precipicio, es en verdad una cosa que nos llena de consternación.

¡Oh pobre pensamiento, desdichada inteligencia de los miserables!

¡Ah! ¿es que nadie vendrá en auxilio del alma humana en esa sombra? ¿Será por ventura su destino el esperar allí eternamente al espíritu, al libertador, al inmenso cavalgador de los pedazos y de los hipógrifos, al combatiente de color de aurora que descende de las cerúleas regiones del firmamento, entre dos alas, al radiante caballero del

porvenir? ¿Llamará ella siempre en vano en su auxilio á la lanza de la luz del ideal? ¿está condenada á ver venir el Mal de un modo espantoso en la espesura del abismo, y á entrever, cada vez más cerca de ella, bajo el agua cenagosa, aquella cabeza draconiana, aquella boca mascando espuma, y aquella serpeante ondulacion de garras, de hinchazon y de anillos? Habrá de permanecer siempre allí, sin una vislumbre, sin una esperanza, entregada á esa formidable aproximacion, vagamente olfateada por el monstruo, temblorosa, desgñada, torciéndose los brazos, encadenada para siempre á la roca de la noche, Andrómeda, sombría, blanca y desnuda en el seno de las tinieblas!

## II:

## ARGOT QUE LLORA Y ARGOT QUE RIE

Segun acaba de verse, el argot de toda especie, el argot de hace cuatrocientos años como el argot de hoy, está penetrado de ese espíritu simbólico y sombrío que da á todas las palabras, ora un tono lastimero ora un tono amenazador. Nótase en él la antigua tristeza huraña de aquellos truhanes de la Cour des Miracles que jugaban á las cartas con barajas peculiares de ellos, de las cuales se han conservado algunas. El ocho de bastos, por ejemplo, representaba un grande árbol con ocho enormes hojas de trébol, especie de personificacion fantástica de la selva. Junto á este árbol, veíase una lumbre encendida, en la cual tres liebres hacian asar á un cazador en un asador hecho ascuas, y detras, en otra lumbre, una marmita humeante de la cual salia la cabeza de un perro. Nada más lúgubre que estas represalias en pintura, en una baraja, en presencia de las hogueras donde se asan los contrabandistas y de la caldera donde se mecen

Los falsificadores de moneda. Las formas diversas que tomaba el pensamiento en el reino de argot, áun la cancion, áun la burla, áun la amenaza, tenian todas ellas este carácter impotente y abatido. Todos los cantos, de los cuales se han recogido algunas melodias, eran humildes y lamentables en términos de hacer llorar. El *pègre*<sup>1</sup> se llama el *pobre pègre*, y es siempre la liebre que se oculta, el raton que se escapa, el pájaro que se fuga. Apénas reclama él siquiera, limitándose á suspirar; uno de sus gemidos ha llegado hasta nosotros: — *Je n'entrave que le dail comment meck, le daron des orgues, peut atiger ses mômes et ses monignards et les locher criblant sans être agité lui-même*<sup>2</sup>. — Todas las veces que tiene él tiempo de pensar, el miserable se hace pequeño ante la ley y despreciable ante la sociedad; se arrastra de bruces por el suelo, suplica, se vuelve del lado de la conmiseracion; adviértese que él reconoce hallarse en la mala senda.

Hacia mediados del siglo anterior, se operó un cambio notable. Los cantos de las prisiones, los ritornelos y estribillos de los ladrones, tomaron, por decirlo así, un gesto insolente y jovial. Al lastimero *maluré* reemplazó el festivo *larifla*. En el siglo diez y ocho se vuelve á encontrar en casi todas las canciones de las galeras, de los presidios y de las chusmas, cierta alegría diabólica y enigmática. Óyese allí este cantar estridente y rechinante, que parece alumbrado por un resplandor fosforescente y arrojado en medio del bosque por un fuego fatuo tocando el pifano:

Mirlababi surlababo  
Mirliton ribonribette  
Surlababi mirlababo  
Mirliton ribonribo.

<sup>1</sup> Ladron.

<sup>2</sup> Yo no comprendo cómo es que Dios, el padre de los hombres, puede atormentar á sus hijos y á sus nietos, y oírlos gritar sin que sea él mismo atormentado.

Esto se cantaba degollando á un hombre en una cueva ó en el rincón de una selva.

Sintoma grave. En el siglo diez y ocho, la antigua melancolía de esas tristes clases se disipa. Nótase que se echan á reir. Se burlan del gran *meg* y del gran *dab*<sup>1</sup>; y una vez conocido Luis XV, dan al rey de Francia el nombre de « el marqués de Pantin »<sup>2</sup>. Vedlos ahí ya alegres y contentos. Una especie de luz ligera emana de esos miserables, como si ya no les pesara la conciencia. Esas desdichadas tribus de la sombra no poseen solamente la audacia indiferente del espíritu. Indicio seguro de que ellas pierden el sentimiento de su criminalidad, y de que advierten, áun entre los pensadores y los soñadores, cierta especie de sosten y de ignorado apoyo. Indicio de que el robo y el pillaje principian á infiltrarse hasta en ciertas doctrinas, ó sofismas más bien, en términos de ir perdiendo algo de su fealdad y de su horror, traspasando mucho de esto á los sofismas ó á las mal llamadas doctrinas. Indicio, en fin, si no surge ningun incidente en contra, de alguna prodigiosa y ya próxima expansion.

Detengámonos aquí un momento. ¿ Á quién acusamos nosotros en este instante? ¿ por ventura es al siglo diez y ocho? ¿ ó bien á su filosofía? No, ciertamente. La obra del siglo décimoctavo es sana y buena. Los enciclopedistas, con Diderot al frente, los fisiócratas, con Turgot á la cabeza, los filósofos, con Voltaire por jefe, los utopistas, acaudillados por Rousseau, forman cuatro legiones sagradas. El inmenso progreso de la humanidad hácia la luz les es debido. Son las cuatro vanguardias de género humano marchando hácia los cuatro puntos cardinales del progreso, Diderot hácia lo bello, Turgot hácia lo útil,

<sup>1</sup> Del gran señor y del gran rey.

<sup>2</sup> El marqués de Paris.

Voltaire hacía lo verdadero, Rousseau hacía lo justo. Pero al lado y por bajo de los filósofos, había también los sofistas, vegetación venenosa mezclada con la naturaleza salubre, cicuta brotando en la selva virgen. Mientras que el verdugo quemaba en la escalera principal del palacio de justicia los grandes libros libertadores del siglo, escritores olvidados hoy publicaban, con privilegio del rey, cierta especie de escritos singularmente desorganizadores, los cuales eran leídos con avidez por los miserables. Algunas de estas publicaciones, y no es este detalle de los ménos raros y extraños, patrocinadas por un príncipe, se hallan en la *Biblioteca secreta*. Estos hechos profundos, pero ignorados, pasaban desapercibidos en la superficie. A veces el peligro de un hecho está en su misma oscuridad. Es oscuro porque es subterráneo. De todos los escritores, el que tal vez abrió y ahondó entónces en las masas la galería más malsana, fué Restif de La Bretonne.

Este trabajo, comun á toda la Europa, hizo más estragos en Alemania que en ninguna otra parte. En Alemania, durante cierto período, resumido por Schiller en su famoso drama *los Bandidos*, el robo y el pillaje se erigian en protesta contra la propiedad y el trabajo, se asimilaban ciertas ideas elementales, especiosas y falsas, justas en apariencia, absurdas en realidad, se envolvian en estas ideas, disfrazándose y desapareciendo en cierto modo, engalanándose con un nombre abstracto y pasando al estado de teoría, y de esta manera circulaban entre las muchedumbres laboriosas, pacientes y honradas, sin saberlo siquiera los imprudentes químicos que habían preparado la mixtura, ignorándolo también las masas que la aceptaban. Siempre que se produce un hecho de esta naturaleza, es grave. El sufrimiento engendra la ira; y mientras que las clases prósperas se ciegan, ó se adormecen, lo que siempre es cerrar los ojos, el odio de las clases desgraciadas enciende su tea-

á la luz de algun espíritu triste y melancólico, ó mal dispuesto, que está soñando en un rincón, y se pone á examinar la sociedad. ¡ Es cosa terrible el exámen del odio !

De aquí, si así lo quiere la desgracia de los tiempos, esas espantosas conmociones que en otra época se llamaron *jacqueries*, y respecto de las cuales las agitaciones puramente políticas son juegos de niños, que no representan ya la lucha del oprimido contra el opresor, sino la sublevación del malestar contra el bienestar. Y entónces todo se desploma y se derrumba.

Las *jacqueries* son terremotos sociales, verdaderos temblores de pueblo.

Este gran peligro, inminente tal vez en Europa hácia fines del siglo diez y ocho, fué el que vino á prevenir la revolucion francesa, inmenso acto de probidad.

La revolucion francesa, que no es otra cosa que el ideal armado de una espada, levantó la cabeza, y con un mismo movimiento brusco, cerró la puerta al mal, y abrió la puerta al bien.

Ella despejó y planteó la cuestion, promulgó la verdad, aventó el miasma, depuró y saneó el siglo, coronó al pueblo.

Puede decirse de ella que creó al hombre segunda vez, dándole una segunda alma, el derecho.

El siglo diez y nueve hereda y aprovecha su obra, y hoy ta catástrofe social que poco há indicábamos, es enteramente imposible. ¡ El que la denuncie es un ciego, y un necio el que la tema. ¡ La revolucion es la vacuna de la *jacquerie*.

Gracias á la revolucion, las condiciones sociales han cambiado. Las enfermedades feudales y monárquicas no están ya en nuestra sangre. Ya no hay edad média en nuestra constitucion. No nos hallamos ya en los tiempos en que hacian irrupcion formidables comezones interiores,

en que oía uno bajo sus piés la marcha oscura de un ruido sordo, en que aparecían en la superficie de la civilización cierto género de levantamientos de galerías de topos, en que el suelo se hendía, en que se abrían las bocas de las cavernas, y en que se veía de improviso salir del fondo de la tierra unas cabezas monstruosas.

El sentido revolucionario es un sentido moral. El sentimiento del derecho, desarrollado, desarrolla á su vez el sentimiento del deber. La ley de todos, es la libertad, la cual concluye allí donde principia la libertad de los demás, según la admirable definición de Robespierre. Desde el año 1789, el pueblo entero se dilata en el individuo sublimado; no hay pobre que, teniendo su derecho, no tenga su rayo luminoso; el más misero y desvalido siente en sí la honradez de la Francia; la dignidad del ciudadano es una armadura interior; el que es libre es escrupuloso; el que vota reina. De aquí la incorruptibilidad; de aquí el aborto de las desordenadas é insanas concupiscencias; de aquí los ojos bajados heroicamente ante las tentaciones. La salubridad revolucionaria es tal, que un día de liberación, un 14 de Julio, un 10 de Agosto, ya no hay populacho. El primer grito de las muchedumbres iluminadas y engrandecidas es: ¡Mueran los ladrones! El progreso es un hombre de bien; el ideal y el absoluto no alternan con los rateros. ¿Por quién fueron escoltados en 1848 los carros que contenían las riquezas de las Tullerías? por los traperos del arrabal de San Antonio. Los andrajos hicieron centinela delante del tesoro. La virtud hizo esplendentes á aquellos desarrapados. Había allí, en aquellos carros, en varias cajas apenas cerradas, y aún algunas de ellas entreabiertas, entre cien cofrecitos y estuches deslumbradores, aquella antigua corona de Francia, toda ella de diamantes, que llevaba en su cúspide el gran carbunclo del trono, el célebre Regente, valuado en treinta

millones de francos. Y unos indigentes descalzos guardaban aquella corona.

Por consiguiente, ya no hay jacquerie. Los hábiles deben de sentirlo mucho. El miedo, el terror de tiempos antiguos, produjo su postrer efecto, y ya no es posible en lo sucesivo emplearle jamás en política.

El gran resorte del espectro rojo se ha roto. Hoy lo sabe ya todo el mundo. El espantajo ya no espanta. Los pájaros se han familiarizado con el maniquí, los estercolarios se posan en él, y los bourgeois se rien al verle.

#### IV

#### LOS DOS DEBERES: VIGILAR Y ESPERAR

Supuesto lo que acabamos de exponer, ¿hállase disipado todo peligro social? No, ciertamente. Nada de *jacquerie*. Bajo este respecto, la sociedad puede tranquilizarse; ya no la subirá la sangre á la cabeza; pero que se preocupe de la manera cómo respira. La apoplejía no es ya de temer, pero la tisis está ahí, y ofrece gran cuidado. La tisis social se llama la miseria.

Todo consiste en morir minado ó morir fulminado, aterrado.

No nos cansaremos de repetirlo, pensar ante todo en las muchedumbres desheredadas y dolorosas, aliviarlas, sustentarlas, aerearlas, ilustrarlas, amarlas, ensancharlas magníficamente el horizonte, prodigarlas la educación bajo todas las formas posibles, ofrecerlas el ejemplo de la laboriosidad, jamás el ejemplo de la ociosidad, disminuir

el peso de la carga individual aumentando la noción del objeto final y universal, limitar la pobreza sin limitar la riqueza, crear vastos campos de actividad pública y popular, tener como Briareocien manos que tender en todas direcciones á los oprimidos y á los débiles, emplear la potencia colectiva en este gran deber de abrir talleres á todos los brazos, escuelas á todas las aptitudes y laboratorios á todas las inteligencias, aumentar el salario, disminuir la fatiga, establecer un balance entre el debe y el haber, es decir, proporcionar el goce al esfuerzo y la satisfacción á la necesidad, en una palabra, hacer que se desprenda del aparato social, en beneficio de los que sufren y de los que ignoran, más claridad y más felicidad; tal es, — que no lo echen en olvido las almas simpáticas, — la primera de las obligaciones fraternales; tal es, — teniendo entendido los corazones egoístas, — la primera de las necesidades políticas.

Y, digámoslo de una vez, todo esto no es todavía sino un principio. La verdadera cuestión es esta: el trabajo no puede ser una ley sin ser un derecho.

No insistiremos, pues no es este el lugar oportuno.

Si la naturaleza se llama providencia, la sociedad debe llamarse prevision.

El crecimiento intelectual y moral no es ménos indispensable que el mejoramiento material. Saber es un viático, pensar es de primera necesidad, la verdad es un alimento como el pan. Una razón en ayunas de ciencia y de sabiduría, enflaquece. Compadezcamos, á la par que los estómagos, los espíritus que no se nutren. Si hay algo más digno de lamentar que un cuerpo agonizando por falta de pan, es un alma que muere del hambre de la luz.

El progreso entero tiende hácia el lado de una solución ya próxima. Llegará un día en que todo será estupefacción. Ascendiendo el género humano, las capas que hoy



se ocultan en las profundidades saldrán naturalmente de la zona del desamparo. Una simple elevacion de nivel operará el plausible fenómeno de borrar la miseria.

No hay razon ninguna para dudar de esta solucion bendita.

Es verdad que el pasado es muy fuerte en la época actual. Parece como que recobra él hoy sus fuerzas con nuevo aliento. Este rejuvenecimiento de un cadáver no deja de ser sorprendente. Vedle marchar y venir hácia nosotros. Preséntase como victorioso: ese muerto es un conquistador. Ahí llega con su legion, las supersticiones, con su espada, el despotismo, con su bandera, la ignorancia, de algun tiempo á esta parte ha ganado diez batallas. Y avanza, y amenaza, y rie, y se halla ya á nuestras puertas. Por lo que hace á nosotros, no perdamos la esperanza. Vendamos el campo donde acampa Annibal.

Nosotros, creyentes, ¿qué hemos de temer?

Semejantes á los rios, las ideas no retroceden jamas.

Pero que reflexionen bien en esto los que no quieren el porvenir. Diciendo no al progreso, no es al porvenir á quien condenan, sino á sí mismos. Se procuran una enfermedad sombría, al inocularse el pasado. No hay sino una sola manera de rehusar mañana, morir.

Ahora bien, ninguna muerte, la del cuerpo lo más tarde que sea posible, la del alma jamas, es lo que nosotros deseamos.

Sí, el enigma dirá su palabra, el esfinge hablará, el problema será resuelto. Sí, el pueblo, bosquejado por el siglo diez y ocho, será acabado y completado por el diez y nueve. ¡El que dudare de esto será un idiota! La expansion futura, la expansion próxima del bienestar universal, es un fenómeno divinamente fatal.

Ciertos empujes inmensos y generales rigen los hechos humanos, conduciéndolos todos en un tiempo dado al

estado lógico, es decir, al equilibrio; es decir, á la equidad. Una fuerza compuesta de tierra y de cielo resulta de la humanidad y la gobierna; esta fuerza es una hacedora de milagros; los desenlaces maravillosos no son para ella más difíciles que las peripecias extraordinarias. Ayudada de la ciencia, que viene del hombre, y del acontecimiento, que viene de otro, se asusta ella poco de esas contradicciones en el planteamiento de los problemas, que parecen imposibilidades al vulgo. No es ménos hábil para hacer que emane una solucion del contacto de las ideas que una enseñanza del contacto de los hechos, y todo puede esperarse de parte de ese misterioso poder del progreso que, en un día dado, confronta al Oriente con el Occidente en el fondo de un sepulcro y hace dialogar á los imanes con Bonaparte en el interior de la gran pirámide.

Entre tanto, no hay alto, no hay hesitacion, no hay detencion ninguna en la grandiosa marcha de los espíritus hácia adelante. La filosofía social es esencialmente la ciencia y la paz. Tiene por objeto y debe tener por resultado el disolver y desvanecer las iras por el estudio de los antagonismos. Ella examina, escudriña, analiza; y despues recompone. Procede por via de reduccion, eliminando el odio en todas partes.

Que una sociedad se desmorone al viento que se desencadena sobre los hombres, esto se ha visto más de una vez; la historia está llena de naufragios de pueblos y de imperios; costumbres, leyes, religiones, en un momento dado pasa por encima de ellos ese desconocido, el huracan, y se lleva todo esto. Las civilizaciones de la India, de la Caldea, de la Persia, de la Asiria, del Egipto, han desaparecido una en pos de otra. ¿Por qué? lo ignoramos. ¿Cuáles son las causas de esos desastres? no lo sabemos. ¿Habrian podido ser salvadas aquellas socieda-

des? ¿tuvieron ellas la culpa de sus catástrofes? ¿se obstinaron acaso en algún vicio fatal que ocasionara su ruina? ¿qué cantidad de suicidio existe en esas muertes terribles de una nación y de una raza? Preguntas sin respuesta. La sombra cubre las civilizaciones condenadas. Puesto que se fueror, á pique, es que hacian agua; nada más tenemos que decir; y no sin una especie de pavor miramos hoy, en el fondo de ese mar que se llama el pasado, detras de esas ondas colosales, los siglos, sumergirse esas inmensas naves, Babilonia, Ninive, Társis, Thébas, Roma, bajo el soplo espantoso que sale de todas las bocas de las tinieblas. Pero tinieblas allí, claridad aquí. Nosotros ignoramos las enfermedades de las civilizaciones antiguas, pero conocemos las dolencias y los achaques de la nuestra. Por todas partes tenemos sobre ella el derecho de luz, contemplamos sus bellezas y ponemos al desnudo sus deformidades. Allí donde ella siente el mal, donde sufre, introducimos la sonda; y, una vez comprobada la existencia del sufrimiento, el estudio de la causa conduce al descubrimiento del remedio. Obra de veinte siglos, nuestra civilizacion es á la vez el monstruo y el prodigio de esas edades; y ciertamente que merece ser salvada; y aún lo será. Aliviarla, es ya mucho; ilustrarla, es también algo. Todos los trabajos de la filosofia social moderna deben ser convergentes hácia este objeto. El pensador tiene hoy un gran deber, el de explorar, auscultar la civilizacion.

Lo repetimos, esta auscultacion infunde ánimo y alientos; y con esta insistencia en el estímulo, es cómo queremos poner fin á estas pocas páginas, entreacto austero de un drama doloroso. Bajo la mortalidad social, sientese la imperdurabilidad humana. Por tener acá y acullá esas heridas, los cráteres, y esos herpes, las sulfurarias, por un volcan que llega á su superficie y que expele su

pus, el globo no muere. Enfermedades de pueblo, no matan al hombre.

Y sin embargo, todo el que sigue la clínica social se encoge de hombros y menea la cabeza por instantes. Los más fuertes, los más tiernos, los más lógicos tienen sus horas de desfallecimiento.

¿Llegará por fin el porvenir? parece como que casi se puede hacer esta pregunta al ver tanta sombra terrible. Sombrío para los egoístas y los miserables. En los egoístas, las preocupaciones, las tinieblas de la educacion rica, el apetito creciente por la misma embriaguez, un aturdimiento de prosperidad que ensordece, el temor de sufrir que, en algunos, va hasta la aversion contra los que sufren, una satisfaccion implacable, el yo tan engreido y tan inflado que cierra el alma; en los miserables, el deseo de poseer, la envidia, el odio de ver á los otros gozar, los profundos sacudimientos de la bestia humana hácia las satisfacciones y hácia la sociedad, los corazones llenos de bruma, la tristeza, la necesidad, la fatalidad, la ignorancia impura y simple.

¿Deberemos continuar levantando los ojos hácia el cielo? ¿el punto luminoso que allí se distingue, es de aquellos que se extinguen alguna vez? El ideal es espantoso de ver, así perdido en las profundidades, pequeño, aislado, imperceptible, brillante, pero circundado de todas esas amenazas negras, monstruosamente hacinadas en derredor suyo; sin que no obstante se halle él en mayor peligro que una estrella en las bocas y en las gargantas de las nubes.